

## **GLOSA A ÍTACA**

De las distintas traducciones de la poesía de Constantino Cavafis al español prefiero la de José María Álvarez, editada por Hiperión. Puede por supuesto no ser la mejor, o la más exacta ( no lo sé: desconozco completamente la lengua griega ), pero es la que he utilizado para esta glosa poética de Ítaca, el espléndido y famoso poema del genio griego de Alejandría.

## I

Si vas a emprender el viaje hacia Ítaca,  
pide que tu camino sea largo,  
rico en experiencias, en conocimiento.

Solicita a los dioses una vida prolongada.

A los dioses, mortal, o a la fortuna caprichosa.

Y ruega que te la colmen de sucesos y avatares:

de anónimos individuos que aparezcan de pronto,

en un recodo de los días, y se instalen para siempre,

familiares ya, en el sitio del afecto;

de una mujer que llegue y lo ilumine todo-

el corazón y las estancias- y una mañana se marche

llevándose la luz; de una nueva mujer

que de nuevo ilumine los rincones oscuros;

de ciudades que te muestren la sorpresa de sus calles:

antiguas construcciones y edificios recientes,

paseos y avenidas, parques, el esplendor de su pasado

y la promesa de su futuro; de libros que desplieguen

el saber de los hombres, herencia acumulada,

o de libros que encierren un discurrir ajeno;

de libros que entretengan, que emocionen,

y de libros que ilustren; del deseo cumplido

sobre el cuerpo que ames- o sobre el cuerpo que anheles;

de la fruta en verano y del licor en la noche;  
de los pequeños placeres, en fin, que alegran  
los sentidos...

## II

A Lestrigones y a Cíclopes,  
o al airado Poseidón nunca temas

.....

A Lestrigones y a Cíclopes,  
ni al fiero Poseidón hallarás nunca,  
si no los llevas dentro de tu alma,  
si no es tu alma quien ante ti los pone.

No temas la soledad ni el triste desencanto.

No temas el hastío, su cortejo de sombras.

Que no te asuste el tiempo, su rodar silencioso,  
ni tampoco la muerte, inquietante amenaza.

Permite que el pasado te acompañe, que el futuro  
te estimule. No temas la lejanía del primero  
ni la vaguedad del segundo. Que nunca te preocupen  
enigmas insalvables: hacia dónde o por qué, quién...

Sé valiente, mortal. No dejes que enemigos espectrales  
invadan tu conciencia, que bestias invisibles  
la ocupen y sometan. Sé valiente y oponles  
la ilusión, el olvido y la calma. Oponles el amor,  
la amistad y el placer. Que no te asuste la vida,  
su vertiente oscura.

### III

...detente en los emporios de Fenicia  
y adquiere hermosas mercancías,  
madreperla y coral, y ámbar y ébano...

No pases distraído. Contempla atento las calles conocidas,  
el marco que rodea tu aventura de hombre. Observa  
el tráfico incesante, el hormigueo febril.

Examina los edificios: los motivos que emplearon  
para adornar sus fachadas, el juego de la luz  
sobre las altas paredes, la posición de los vanos...

Repara en las mujeres de rostro seductor,  
de ojos que te escruten desde una selva verde,  
desde una playa azul... Advierte en el mercado  
qué vasta profusión, qué inasible catálogo.

Allí la realidad se aprieta en mostradores:  
los frutos de la mar y los frutos de la tierra,  
enseres y vestidos, joyas... Contempla, observa,  
examina, repara, advierte. Y mira, mortal,  
los colores caprichosos, las formas incalculables  
que tiene lo que existe.

## IV

... perfumes deliciosos y diversos,  
cuanto puedas invierte en voluptuosos y delicados  
perfumes...

No pases distraído. Aspira fuertemente  
el olor poderoso de la fruta, el aroma dispar  
de las especias: suave la canela, delicado el anís,  
penetrante el jengibre... Respira junto al mar  
el vapor invisible que flota suspendido,  
los salados efluvios que las olas traen.  
Inhala, cuando el deseo los humedezca,  
el hálito caliente de unos muslos.  
Absorbe tras la lluvia la fresca emanación  
que de la tierra sube. Siente, en el aire de primavera,  
el perfume que dejan los jazmines, el azahar,  
las magnolias... Aspira, respira, inhala,  
absorbe, siente. Y percibe, mortal, cómo huele  
la vida.

## V

... visita muchas ciudades de Egipto  
y con avidez aprende de sus sabios.

Ya sonría la primavera o el otoño ventoso te rodee,  
ya discurren los días del verano, gozosamente  
interminables, o el invierno domine riguroso,  
que una nutrida biblioteca te acompañe siempre.  
Conoce cómo fueron los hombres del pasado.  
Revive las guerras y las paces, el comercio,  
la eterna sordidez de la política, el brillo  
de los grandes, los crímenes y las revoluciones,  
el áspero pasar de multitudes oscuras. Sabe  
los artilugios que idearon, los familiares objetos  
que acompañaban sus vidas. Descubre  
las páginas inmortales, los libros que superaron  
la erosión del Tiempo. Estudia lo que pensaban  
sobre el breve fulgor de su existencia. Conoce, revive,  
sabe, descubre, estudia. Que una nutrida biblioteca, mortal,  
te acompañe siempre.

## VI

Ten siempre a Ítaca en la memoria.  
Llegar allí es tu meta.  
Mas no apresures el viaje.  
Mejor que se extienda largos años;  
y en tu vejez arribes a la isla  
con cuanto hayas ganado en el camino,  
sin esperar que Ítaca te enriquezca.

No olvides que al final te espera la vejez,  
y que la muerte acecha sus pacíficos días.  
No olvides tu destino, y el margen limitado  
que disfrutaban los hombres. Vive consciente de vivir,  
consciente de morir. Y ese espacio entre sombras,  
ese relámpago de luz en la noche oscurecida,  
tu existencia, degústalo lentamente.  
Con paciencia morosa degusta la amistad,  
el libro que recorres o la ciudad que visitas.  
Degusta con paciencia el suceso imprevisto,  
la ocasión del amor, cada pequeña circunstancia-  
cada momento irrepetible- que la fortuna te otorgue  
o que tu voluntad alcance. Y no te apresures.  
Que en la inhóspita vejez sólo miserias te aguardan:  
dolor y enfermedad, nostalgia, miedo...  
Que no se encuentra el paraíso delante del anciano,  
en el futuro sin fin que llega tras la muerte,  
en el tiempo sin tiempo del vergel prometido,

bullicioso de juegos y joven de muchachos,  
feliz de eternidad. Que el paraíso,  
agradable jardín, habrá quedado a la espalda,  
vida prodigiosa sepultada casi, moribunda ya,  
humeante de ceniza.

## VII

Ítaca te regaló un hermoso viaje.  
Sin ella el camino no hubieras emprendido.  
Mas ninguna otra cosa puede darte.  
Aunque pobre la encuentres, no te engañara Ítaca.  
Rico en saber y en vida, como has vuelto,  
comprendes ya qué significan las ítacas.

Cuando tus débiles piernas difícilmente soporten  
el peso de tu cuerpo, o cuando tus ojos se nublen  
y percibas la realidad borrosamente;  
cuando sufras dolencias o padezcas males,  
o cuando apenas escuches el sonido del mundo  
y todo te seduzca mucho menos que ayer;  
cuando te sientas cansado, envejecido,  
no maldigas a nadie. Ni pienses que te engañaron.  
Sé, mortal, ecuánime y prudente, y agradece a la fortuna-  
o a los dioses- la dicha de haber vivido.  
Acaricia los objetos que fuiste acumulando:  
fotografías y muebles, pinturas... Relee nuevamente  
los libros que estimaste, ese número escaso.  
Visita a los amigos que no murieron aún.  
Pasea en soledad o, si vive todavía,  
de su mano amorosa. Recibe, si acaso la engendraste,  
a tu ruidosa descendencia. Cuando te sientas cansado,  
envejecido, no maldigas a nadie. Ni pienses que te engañaron.

Recuerda días antiguos. Mira el brillo que tienen,  
el fulgor en la memoria, ahora que resbala sobre ellos  
la fría luz crepuscular. Y contemplando el mar  
de aquella tarde, una ciudad visitada, un cuerpo  
recorrido, amados rostros que ayer te sonreían,  
pero que ya se borraron- imágenes de otro tiempo -,  
siente volver la olvidada emoción. Y comprende,  
mortal, en ese instante, el simple y solitario  
secreto de la vida.